



Luis de Oteyza en Villacisneros (Río de Oro), adonde fué voluntariamente para conocer aquella región.



Luis de Oteyza, en Dakar (Senegal), pasea acompañado por tres aristocráticas bellezas del país.

Al emprender otro viaje...

Luis de Oteyza, el ilustre novelista e infatigable peregrino de los caminos del mundo, nos refiere algunas anécdotas de su vida aventurera y andariega...

En la ergástula de un brujo judío, en el mechinal marroquí, en el bohío cubano, en la choza india, junto a las jetas de ébano de los beduínos en los arenales del desierto, arrimado a la ceiba tropical, a la vera del rascacielos neoyorquino, o en los tinglados del muelle de Shanghai, en cualquier sitio de éstos, y en todos estos sitios lejanos y misteriosos, allí está la sonrisa, teñida de suave ironía, de Luis de Oteyza, y el blanco panal de su salacot.

Oteyza vuelve de sus periplos llena su mochila de trotamundos con los dioses zoológicos de las tribus africanas, o con el rifle mortífero y los dientes de la canana del explorador, o guardando en su estuche de bordada atauja el finísimo puñalito indio, o apretando en sus dedos la reluciente azagaya filipina.

En todos los caminos, esquinas y recodos de la Tierra ha dejado Oteyza la impronta de sus zapatos. Y en el descanso de sus viajes hemisféricos, él vuelca en las cuartillas impolutas el tesoro de sus observaciones, y va destilando su prosa por el fino alambique de su ingenio, para construir sus libros, que son el pedestal de su popularidad y de su reputación. Con razón dijo Romeo de este gran periodista, a raíz de su célebre reportaje con Abd-el-Krim, que para que Oteyza fuera un Stanley no le faltaba más que un *New York Herald*. Porque el ambiente periodístico y literario español es tan encogido, pobre y mezquino, que mutila y achata las fuertes personalidades y enmohece y llena de herrumbre a los espíritus cimeros. El hombre necesita aquí tener una formidable capacidad para la monotonía, y los que no quieren hacer un pacto con la abominable rutina, esos tienen que buscar su salvación saltando de una orilla a otra del mar.

Los viajes de Luis de Oteyza.—“Yo necesito ver salir el sol cada día desde un sitio diferente del mundo”.

He hablado con el ilustre autor de *El diablo blanco* en el rincón de un café madrileño. Al levantarse, yo le he preguntado:

—¿Dónde va usted ahora, Oteyza?
—A dar un paseo.
—Le acompaño.
—Voy a Nueva York.
—¡Ah!
—Después me tiraré de uno de aquellos rascacielos, y ya veré dónde caigo.
—¿No le cansan y fatigan los viajes?
—Al contrario, lo que me fatiga es la inercia. Yo necesito ver salir el sol cada día desde un sitio diferente del mundo, y contemplar los panoramas geográficos y humanos en los distintos puntos de la Tierra. También el espíritu se cansa de la misma postura. En ese instante, lo mejor es agarrar la maleta y subir por la escalerilla de un barco.



En la selva de Yucatán, Oteyza conversa con dos indios mayas, durante la expedición llevada a cabo para preparar su novela «El tesoro de Cuauhtemoc».

(Fots. Alfonso)

—¿Qué ciudades y sitios del mundo ha recorrido usted?

—De Europa: España, Portugal, Francia, Italia, Bélgica, Holanda y Suecia. De África: Marruecos francés y Marruecos español, Túnez, Egipto, el Sahara, en vuelo de avión, y el Senegal. De Asia: Arabia, India, Indochina, China. De América: Santo Domingo, Cuba, Méjico, Estados Unidos, Honduras británicas y el Canadá. De Oceanía: el Archipiélago Malayo, Filipinas y el Japón. Ahora tengo ganas de ir al Cabo de Buena Esperanza y a Australia.

Oteyza mueve precipitadamente sus manos y los músculos faciales. Y añade, rápido:

—Todos estos viajes los he hecho con mi dinero. No he tenido nunca auxilio oficial. Antes, porque había Gobierno monárquico; y ahora, porque el Gobierno republicano sigue subvencionando a los mismos que subvencionaba la Monarquía.

—Dígame usted, Oteyza, ¿cómo no va usted en la expedición que se prepara al Amazonas? Usted sería un magnífico cronista de ese periplo. Su maestría en el alto reportaje...

Oteyza se encoge desdenosamente de hombros. Y yo le hablo ahora de que aquí hay que ir tocando con los nudillos de puerta en puerta, sometiendo a los hombres a la humillación de las peticiones, como si hubiera un escondido propósito de rebajar los caracteres.

El autor de *El tesoro de Cuauhtemoc* me replica: —Yo no he recurrido nunca a nadie. Yo trabajo solitariamente, fiando siempre en mi voluntad. Cuando quiero hacer un libro, en vez de «viajar con la fantasía», tomo el tren y el buque y voy a documentarme al sitio que elijo para mis novelas. Y así llevo publicados doce libros.

“El diablo blanco”, traducido.—Los peligrosísimos reptiles en la tenebrosa selva del Yucatán.—Veintidós días a caballo.

—¿Qué libro o novela de viajes le ha dado mejor resultado de público?

—*El diablo blanco*, que ha sido traducido a once idiomas, y que lo han publicado casi un centenar de periódicos del mundo; de ellos, dos de Madrid: *Mundo Gáfico* y *Heraldo de Madrid*. El catedrático de Miami University ha hecho una edición de *El diablo blanco* para enseñanza del castellano, con vocabulario y notas en inglés.

—De todos sus viajes, ¿cuál ha sido la travesía más penosa y más arriesgada?

—La travesía del Yucatán, en que fui diez días en canoa por Río Hondo y laguna de Bacalar, y veintidós días a caballo por la selva, durmiendo en el suelo.

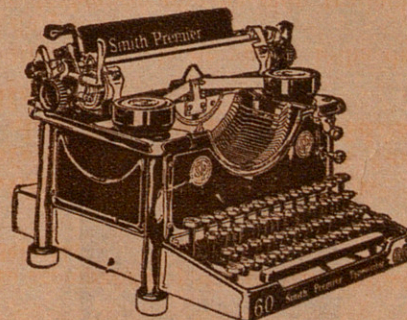
A. PERIQUET Y C.^{IA}

Piamonte, 23. Madrid. Tel. 34285

OPRECEN MILES DE REFERENCIAS

DE LA

SMITH PREMIER



por su suavidad de pulsación,
por su teclado más completo,
por su rápido escape,
por su escritura perfecta,
por sus ventajas únicas.

DEBE USTED EXAMINARLA

por su inmejorable construcción,
porque está garantizada diez años,
porque se otorgan grandes facilidades de pago.

PUEDE USTED ADQUIRIRLA

una demostración no le compromete a nada,
una información es siempre útil.
Solicite enseguida detalle de la

SMITH PREMIER

Para pasar la selva, el Gobierno de Yucatán puso gallantemente a mi servicio un guía maya, un intérprete y un sargento y cuatro soldados de la Policía indígena. Me dijeron que si caíamos en poder de los indios, en el bosque, sucumbiríamos. Un médico amigo me afirmó que el mayor peligro estaba en beber el agua, contaminada. No bebí agua, sino café. Y sufrí horriblemente, absteniéndome de beber y soportando una temperatura de cuarenta grados.

Lo más desagradable dentro de la maraña selvática son las serpientes, que al paso del viajero simulan brazos de árbol retorcidos. Hay en el Yucatán una serpiente, llamada *nanyaca*, cuya mordedura es fatal. Una de ellas picó a una de las mulas de la guardia indígena, y el pobre animal sucumbió. Cuando nos bajamos de los caballos en Peto, pueblito pegado a la salida de la selva, nos bebimos un montón de botellas de cerveza. ¡Es terrible la angustia de no poder beber agua, cuando el calor le quema a uno los huesos como la lumbre! Este viaje lo hice con una periodista americana. También he pasado dos veces el Sahara al ir y volver al Senegal en avión.

—¿Qué país del mundo le ha sorprendido más?

—El Japón. Porque todos los demás pueblos del mundo son casi iguales, están estandarizados. Pero el Japón no se parece a nada; cuando llega uno allí, se cree que ha caído de la Luna. Y las japonesas son deliciosas, monísimas.

La orgía de luz, de gente y de vida en el "Times Square" a las diez de la noche. — ¡Oh Nueva York! — Los tipos españoles desperdigados por la tierra.

Oteyza hace una pausa y dice con acento de nostalgia:

—Mi gran adoración es Nueva York. En el vértigo y el rebullicio de la gran ciudad se pierde, se atomiza el hombre. Y el espectáculo más fuerte y más bello que usted puede imaginarse está en el «Times Square» a las diez de la noche, con su orgía de luz, de gente, de vida. Es un gran río humano que se desborda.

—¿Se ha tropezado usted en sus viajes con algún tipo español interesante?

—¡Ya lo creo! A cualquier ventana del mundo que usted se asome, allí encuentra usted un compatriota. Junto al Himalaya, en el Amazonas, entre las tribus del centro de África, o en un pueblito de la China. En el Japón me encontré a un español llamado Vázquez, vendiendo corcho. Era un tipo interesantísimo. En Shanghai (¡noches magníficas en sus tugurios!)



Oteyza en «Times Square», el centro de Nueva York. Al fondo, el edificio del Paramount.



Oteyza durante su entrevista con Abd-el-Krim, durante la guerra que este jefe rebelde sostuvo contra España.

(Fots. Alfonso)

saludé a un arquitecto español que ha construido uno de los mejores edificios de aquella ciudad. Pero, hombre, si el primer rascacielos de Nueva York lo construyó un compatriota nuestro, don José Francisco Moreno, de San Sebastián! Este rascacielos es llamado el «Spanish Flats» (Pisos españoles).

El autor de *El diablo blanco* sonríe ingenuamente. Su vena zumbona y optimista rehuye toda alusión triste o deprimente. Puesto ya el pie en el umbral de la aventura, se abren para sus ojos de artista todos los caminos del mundo en perspectivas maravillosas. Y el resplandor de esta vida, cuajada de sabrosas peripecias, va iluminando las páginas de sus bellos libros,

lentos de amenidad, de interés y emoción. Y un día, Oteyza, como el célebre navegante Cook, caerá bajo la azagaya de los indios, o víctima de la avería de un avión, o en el descarrilamiento de un expreso, o morirá en el fondo de los hielos nórdicos...

—Porque yo aspiro—dice Oteyza—a la magnífica muerte del explorador, rápida y decisiva, mordiendo el polvo...

Y añade:

—Hay que estrujar la vida y entregarla a todos los riesgos y a todas las posibilidades. El hierro hay que golpearlo cuando está hecho ascua.

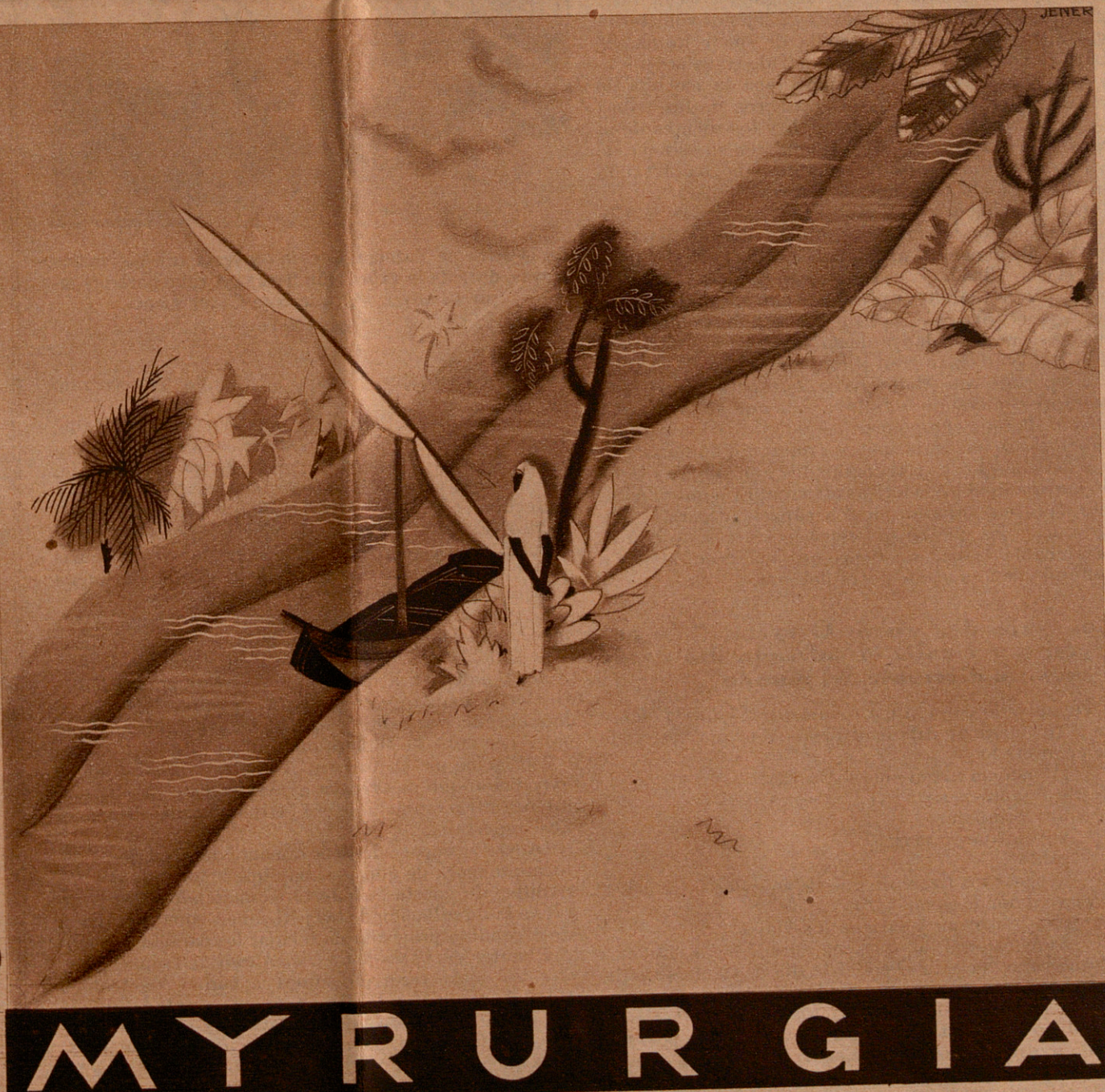
JULIO ROMANO

LO EXQUISITO
ES SEDUCTOR



POLVOS

MADERAS
DE
ORIENTE



MYRURGIA

crónica